



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

La colección *Caballo de Proa* de Ediciones Universidad Austral de Chile busca recuperar y difundir obras literarias excepcionales, de escasa circulación en lengua castellana, a través de la pluma y traducción de destacadas autoras y autores del sur de Chile y América Latina. La colección rinde tributo a la revista cultural «más pequeña del mundo», *Caballo de Proa*, que circuló por casi cuarenta años desde Valdivia, dirigida por el escritor Pedro Guillermo Jara.



ANNA,
AJMĀTOVA

Voy Hacia
Nunca

Ediciones  UACH
Colección *Caballo de Proa*

Selección, Notas y Traducción del Ruso
Jorge Bustamante García

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de **Voy Hacia Nunca**, de Anna Ajmátova, se terminó de imprimir en agosto de 2021 en los talleres de Editora e Imprenta Maval SPA, ☎ (56 2) 2566 5400, www.mavalchile.com, para Ediciones Universidad Austral de Chile, ☎ (56 63) 244 4338, www.edicionesuach.cl, Valdivia, Chile.

Dirección editorial

Yanko González Cangas

Cuidado de la edición

Ricardo Mendoza Rademacher,

César Altermatt Venegas.

Diseño y maquetación

Ricardo Mendoza Rademacher

Todos los derechos reservados. Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2021.

Textos en ruso de Anna Ajmátova, copyright © by Margarita Novgorodova, FTM Agency Ltd., Russia, 2020.

ISBN 978-956-390-159-7

Contenido

Nota Introductoria 7

| | | | |
|---|----|------------------------------|----|
| Él amaba... | 17 | [Tal vez...] | 57 |
| Noche blanca | 18 | Pushkin | 58 |
| Imitación del poeta Innokienti Annienski | 20 | [Cuando menciono...] | 59 |
| [Vivo como...] | 22 | Inscripción en un poema | 60 |
| [Hoy no me ha llegado...] | 23 | [En la extraña poesía...] | 61 |
| [Todos aquí...] | 25 | [El corazón...] | 62 |
| [No beberemos...] | 27 | [Tú me has inventado...] | 63 |
| Llegué a visitar al poeta | 29 | [Tu alma...] | 65 |
| [La gloria humana...] | 31 | La música | 66 |
| [No voy a beber...] | 32 | [Hace tiempo...] | 68 |
| [Al despertar...] | 33 | [No me des nada...] | 69 |
| [Es sencillo...] | 34 | [Todos se fueron...] | 70 |
| [En cada día...] | 36 | En las profundidades... | 72 |
| [¿En qué es peor...] | 37 | Para Boris Pasternak | 73 |
| [Le he preguntado...] | 38 | Eco | 74 |
| Petrogrado, 1919 | 39 | Los pinos | 75 |
| [Dijo que...] | 41 | Nosotros cuatro | 76 |
| [Qué bien se está...] | 42 | [Déjame...] | 78 |
| [Aquí las chicas...] | 43 | [El poeta...] | 79 |
| En memoria de Sergéi Esenin | 44 | Casi para un álbum | 80 |
| Respuesta | 45 | Llamada | 81 |
| El último brindis | 46 | [Estamos tan intoxicados...] | 82 |
| En recuerdo de Boris Pilniak | 47 | Trece líneas | 83 |
| [Uno va...] | 49 | En lugar de dedicatoria | 84 |
| En memoria de Mijail Bulgakov | 50 | Un brindis más | 85 |
| [Cuando una persona...] | 52 | [Yo juego...] | 86 |
| Maiakovski en 1913 | 53 | [Aprendimos...] | 87 |
| [Yo les advierto...] | 55 | [Yo voy hacia...] | 88 |
| [No, no soy yo...] | 56 | [En la neblina azul...] | 89 |

Nota Introductoria

Jorge Bustamante García

A NNA ANDREIEVNA GORENKO NACIÓ EL 11 DE JUNIO DE 1889 EN BOLSHÓI Fontán, en el sector sur de la ciudad de Odesa, puerto sobre el Mar Negro, y murió el 5 de marzo de 1966 en Moscú, a sus casi setenta y siete años de edad. Alguna vez escribió sobre sí misma que nació en igual año que Charles Chaplin, la **Sonata a Kreutzer** de Tolstói y la Torre Eiffel. Su padre Andréi Gorenko era en aquel tiempo un ingeniero mecánico retirado de la Marina, y su madre Inna Stogova, era sobrina nieta de la poeta Anna Búkina (1774-1829), la Safo rusa, como la llamaron sus contemporáneos. El padre no le permitió firmar sus primeros escritos con su apellido, por lo que Anna optó por el pseudónimo Ajmátova, apellido de su bisabuela materna. Fue la tercera de seis hermanos. Apenas tenía un año, cuando su familia se trasladó al norte, a San Petersburgo, donde muy temprano aprendió a leer en la cartilla que creó Lev Tolstói para enseñar el alfabeto a los niños. A los cinco años comenzó a aprender francés escuchando a la maestra que enseñaba a los niños mayores. Se educó en el Gimnasio Femenino de Tsarskoe Selo, donde estudió *«al principio mal, luego mucho mejor, pero siempre de mala gana»*. Cuando descubrió el libro **El Cofrecito de Ciprés** de Innokienti Annienski, uno de los poetas simbolistas más importantes de comienzos del siglo XX, se sintió muy impactada y lo leyó *«olvidándose de todo en el mundo»*.

Después del Gimnasio, Ajmátova estudió Derecho en Kiev y, en 1910, se casó con el talentoso poeta Nikolái Gumíliov, fundador del acmeísmo,



tendencia que buscaba alcanzar el acmé, el punto más alto en poesía, que rompió con el simbolismo y que se opuso a la corriente futurista representada, en sus mejores momentos, por Velemir Jlébnikov y Maiakovski. Ese mismo año viaja con su esposo por Italia y Francia, lee a Dante con entusiasmo y a los poetas franceses. A su regreso a Rusia, publicó en una década sus primeros libros: **La Tarde** (1912), **Rosario** (1914), **La Bandada Blanca** (1917), **Llantén** (1921) y **Anno Domini** (1922). Su relación con Gumíliov fue difícil, apenas duró unos cuantos años, pero de ese vínculo nació su único hijo: Lev. A partir de 1921 todo cambió para Ajmátova; Gumíliov fue detenido y acusado de conspiración contrarrevolucionaria, condenado sin mayores pruebas y fusilado a los treinta y cinco años de edad. Tres lustros después su hijo Lev cayó arrestado. De este hecho nace **Réquiem**, la obra más importante de Ajmátova, en la que aborda los diecisiete meses que ella pasó haciendo filas y más filas interminables para visitar a su hijo en la cárcel. **Réquiem** no sería publicado sino solo hasta 1989.

Si Marina Tsvietáieva era una poeta innovadora, Anna Ajmátova, por el contrario, era una ferviente conservadora de las tradiciones clásicas y en su poesía es común encontrar reminiscencias de lo mejor de Pushkin, Anninski y Blok. Pero lo que importa en Ajmátova es su mirada densa y certera, llena de una tenue ironía que otorga a sus textos una frescura incomparable. Ante los poemas de Ajmátova, sin importar que hable de un amado imposible o de su hijo encarcelado, se asiste a un permanente descubrimiento, a un territorio único donde la poeta establece su mundo peculiar de percepciones. Blok, al leer su primer libro, **La Tarde**, le escribe entusiasmado: «*Su poesía es auténtica, tan auténtica como usted misma*». Los versos de Ajmátova son en apariencia sencillos, lacónicos, donde se explora tal vez conscientemente el silencio y en ello radica, precisamente, su encanto. Al advertir su fascinante intimidad, su melodía delicada, la filigrana frágil de sus formas aparentemente descuidadas, quedamos sorprendidos ante lo que constituye su enigmático atractivo. Vladislav Jodasiévich, uno de los poetas preferidos de Nabókov y esposo de la novelista Nina Berbérova, afirmó alguna vez que «*cada poema de Ajmátova, a pesar de su aparente reticencia, devela casi siempre aspectos insospechablemente significativos*».

Tras la muerte de Stalin, como muchos otros, su hijo Lev es liberado. La



poeta recibe un prestigioso premio en Italia y en 1965 el doctorado *Honoris Causa* en la Universidad de Oxford. De regreso de Inglaterra se detiene por unos días en París, donde se encuentra con viejos amigos de la juventud, poetas y editores de la emigración, como el polígrafo Georgi Adamóvich que compartió con ella algunas veces en aquellas lejanas y bulliciosas veladas del sótano de *El Perro Vagabundo* en San Petersburgo. Leyendo **Adiós Poeta** de Jorge Edwards, descubrí en la página 166 que Pablo Neruda y el propio Edwards cenaron con ella y otros poetas rusos en una noche cálida del verano parisino de 1965. Amiga de Modigliani e Isaiah Berlin, este último afirmó ante la televisión soviética, en 1989, que su amistad con Ajmátova había sido el hecho más importante de su vida. Ya en la vejez estuvo rodeada de los jóvenes poetas de Leningrado, Evgueni Rein, Joseph Brodsky y Anatoli Naiman, a quienes guio en sus inicios por los inciertos caminos de la poesía y a quienes en la historia reciente de la literatura rusa se conocería como los «huérfanos de Ajmátova».

Ajmátova es una poeta del amor y la desesperanza. Pero de su vasta obra poética –y debo decir que la he recorrido durante muchos años– siempre vuelvo a dos poemas suyos que en cada relectura se vuelven más enigmáticos, por sus implicaciones insondables y sus resonancias infinitas acerca de los caminos de la vida. Si bien hay gente que va por la vida por caminos rectos y seguros, y a eso lo llaman ser «triunfadores» y «felices» en medio de una sociedad cada vez más banal y mediática, a la poeta, por el contrario, le correspondieron los senderos que no son ni rectos, ni curvos, en medio de los infortunios de su tiempo, pero precisamente de ahí ha bebido el espíritu de su radiante, conmovedora y escéptica poesía. Solo desde ahí, desde ese lugar muy suyo, nos puede cantar con absoluta naturalidad:

*Mi camino no es ni recto, ni curvo,
Llevo conmigo el infortunio,
Voy hacia nunca, hacia ninguna parte,
Como un tren sobre el abismo.*

Otro instante de Ajmátova que me parece fundamental es su poema *El Último Brindis*, donde con diáfana clarividencia pone el dedo en la llaga de la



indolencia y la estupidez humanas, y en un brindis crudo y de suprema ironía nos invita a beber por todas las barbaridades de que es capaz lo más oscuro de nuestra condición, sabedora ya de que «*ni Dios nos podrá ya salvar*».

Osip Mandelstam escribió que en la poesía de Ajmátova la mujer se convierte «*de simple referencia a heroína lírica. Sus poemas tempranos a menudo se perciben como poesía femenina, una especie de diario amoroso que describe momentos íntimos de la vida de la heroína*». Esta observación de Mandelstam podría caracterizar a toda su obra. De hecho, los temas de su poesía son la simple felicidad y el dolor personal; el amor, la separación, el amor incumplido, la traición amorosa, la confianza luminosa en el amor, el sentimiento de tristeza, de abandono, de soledad, de desesperación, lo que está cerca de todo el mundo, lo que todo el mundo vive y entiende. Por eso sus poemas siempre han encontrado respuesta en el corazón de los lectores. A lo sencillo y cotidiano, sabe dar un carácter íntimo y personal.

Joseph Brodski recuerda que cuando Arseni Tarkovski (padre del cineasta Andréi) inició su discurso de despedida en el funeral de Ajmátova, diciendo que con su muerte terminaba una época de la poesía rusa, él se resistió a creerlo y agrega:

nada terminó, nada pudo ni puede terminar mientras nosotros existamos. No porque recordemos sus versos o porque escribamos los nuestros, sino porque ella llegó a ser parte nuestra, parte de nuestras almas, si así lo queremos ver. Yo agregaría que, aunque no soy muy creyente de la existencia del otro mundo y de la vida eterna, a veces tengo, sin embargo, la sensación de que ella nos observa desde algún lugar, nos vigila desde lo alto: exactamente como lo hacía en vida... No tanto nos observa, sino que más bien cuida de nosotros.

Desde su infancia Ajmátova escribió poemas y nunca, por ninguna razón, dejó de escribirlos. Escribió cerca de mil. Para ella, la poesía lo era todo. Quiso ser poeta, y lo fue entrañablemente: es una voz que no cesa. Fue testigo de un cambio de épocas: el ocaso del viejo orden, el nacimiento de la Revolución de Octubre, las esperanzas fosforescentes de los años veinte, el



hoyo negro del estalinismo, la guerra y el bloqueo de Leningrado –su San Petersburgo, su Petrogrado–, el deshielo y los años promisorios de Jruschov, el neodespotismo refinado de Breshnev. Pasaron los inviernos. Pero la palabra de Ajmátova es magia, dolor, luz, juego, testimonio. Sus poemas, como gotas que lo contienen todo, como estalactitas transparentes, permanecen, son leídos, son parte de vida. En ellos están condensados el silencio y la veracidad del poeta, la alegría, la pena y la dignidad de una vida verdadera.

LA PRESENTE SELECCIÓN DE POEMAS DE AJMÁTOVA, en edición bilingüe, es apenas una mínima muestra de su poesía de distintos años, escrita desde la juventud hasta ya entrada la vejez. Tal vez el único criterio de selección de los poemas de este libro ha sido el deslumbramiento que me produjo cada uno de ellos en su momento. La lectura de Ajmátova me ha acompañado de manera intermitente en los últimos cuarenta años, desde que viviera por largos años en Moscú en la década de los setenta y desde inicio de los ochenta del siglo pasado, cuando me atreví a traducirla por primera vez. Un traductor de poesía solo debería traducir lo que lo conmueve, y cada uno de los textos de este libro me ha conmovido con matices distintos en cada lectura. He realizado varias versiones cada vez que los abordo, y la prueba está en que algunos han sido publicados en ediciones distintas con variaciones verbales, aunque no de tono, y mucho menos de contenido. Ya sabemos, desde hace mucho tiempo, que es imposible traducir poesía, que solo se pueden realizar aproximaciones, ya que cada vez algo se escapa, algo huye o se transforma, porque como bien dice Viacheslav Ivánov en su maravilloso poema *Al Traductor*:

Ya sea que encuentres la alondra de Virgilio / o el albatros de Baudelaire, / tu conquista en la otra lengua / es no dejarte seducir por esos pájaros libres, / es ser dueño de ti mismo sin violencias (...) Porque el verso ajeno es resbaladizo como el dios Proteo / es imposible abarcarlo temerariamente (...) Traductor, eres un ocioso que entretienes con su cuento a la gente.



He sido un traductor geólogo, literalmente, porque durante años he ejercido la geología y la traducción. A menudo me gustaba traducir poesía en los campamentos geológicos, después del trabajo de campo. De día traducía afloramientos, relaciones estratigráficas, mensajes escondidos de las rocas y los minerales. De noche intentaba traducir a Blok, a Esenin, a Sologub, a Ajmátova. Recuerdo uno de esos campamentos en 1983, hacíamos exploración en el sur de Sonora. Por las noches, cuando todos dormían, me ponía a traducir poemas de Anna Ajmátova. La vieja casa que nos servía de campamento en el poblado de Rosario de Tezopaco parecía estar poseída a esas horas: se percibía todo tipo de ruidos, chirriaban las puertas, se movían, se escuchaba como si arrastraran algo por el piso y las paredes, en el techo se oían estruendos que parecían rasgar las tejas, se sentían ciertas presencias que se sentaban densas en los taburetes y los catres. Era difícil dormir al principio, nos daba pavor, después todos nos acostumbramos, convivíamos con las extrañas presencias y no prestábamos atención.

Anna Ajmátova llenó muchos de esos momentos, me distrajo olímpicamente, no dejó que me consumiera el miedo. Traduciéndola me distraía tanto, que los fantasmas se me olvidaron. En una ocasión que fui a la Ciudad de México y me llevé un par de esos poemas traducidos, los pulí, los mecanografié y por intermediación del escritor Sergio Pitol, adicto a la literatura rusa, se los dejé a Carlos Monsiváis en la redacción de la revista *Siempre*. Regresé a Sonora a los trabajos de campo, a la casa con los fantasmas ruidosos e inofensivos de Rosario de Tezopaco, y me olvidé del asunto. El trabajo y los ruidos nocturnos me sumergieron en otras preocupaciones. Al siguiente descanso llegué a la estación del tren en Ciudad Obregón, compré un boleto para México y me acerqué a un quiosco donde vendían periódicos y revistas. Ahí estaba la última edición de *Siempre*. Lleno de ansiedad la compré, la abrí, me fui directamente al suplemento *La Cultura en México*, de pronto me sobresaltó descubrir en sus páginas la publicación de los poemas y la nota sobre Ajmátova que le había dejado a Monsiváis. Fue una alegría inmensa que celebré a solas durante el largo viaje. Releí mis versiones y sentí que ahí había algo que me gustaría seguir haciendo. Si los fantasmas de Rosario de Tezopaco no habían logrado distraerme en el empeño de traducir a Ajmátova, ahora sabía que ya nada impediría que



siguiera traduciéndola, a ella y a otros poetas. Durante años seguí en esa labor, en la noche leyendo a los poetas rusos, en el día descifrando afloramientos.

COMO HE DICHO, LA PRESENTE SELECCIÓN es una muestra que recorre todos los «estratos biográficos» de la poesía de Anna Ajmátova, desde su juventud hasta la vejez. Las notas de algunos poemas, en este libro para Ediciones UACH, las he realizado como algo complementario, para acercar mejor al lector a ciertos momentos cruciales de la vida de Ajmátova. Son también una especie de conversación y un homenaje por todo lo que de su poesía he recibido. Ojalá algo de todo ello roce tu curiosidad, hipotético lector.

Morelia, mayo de 2021.



Voy Hacia Nunca